

JUAN 6,41-59

TEXTO

«⁴¹Así que **los judíos murmuraban** de él porque había dicho: “**Yo soy el pan que ha bajado del cielo**”, ⁴²y decían: “¿No es éste **Jesús**, el hijo de José, de quien conocemos al padre y a la madre? ¿Cómo dice ahora: ‘He bajado del cielo’?”.

⁴³Respondió **Jesús** y les dijo: “**No murmuréis** entre vosotros. ⁴⁴Nadie puede **venir a mí** si **el Padre que me ha enviado** no lo atrae; y **yo lo resucitaré** en el último día. ⁴⁵Está escrito en los profetas: ‘Y todos serán enseñados por Dios’. El que ha escuchado y ha aprendido del Padre **viene a mí**. ⁴⁶Porque nadie ha visto al Padre, sino el que es de Dios; ése ha visto al Padre.

⁴⁷En verdad, en verdad os digo: **el que cree, tiene vida eterna**. ⁴⁸**Yo soy el pan de la vida**.

⁴⁹Vuestros padres *comieron el maná* en el desierto y murieron. ⁵⁰Éste es el pan que baja del cielo, para que quien *coma de él* no muera. ⁵¹**Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo**; quien *coma de este pan* **vivirá para siempre**; y el pan que **yo** daré para la vida del mundo es mi carne”.

⁵²Así que disputaban **los judíos** entre sí diciendo: “¿Cómo puede **éste** darnos a comer su carne?”.

⁵³Así que **Jesús** les dijo: “**En verdad, en verdad os digo** que *si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida* en vosotros; ⁵⁴*el que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré* en el último día. ⁵⁵Porque *mi carne* es verdadera comida y *mi sangre* es verdadera bebida. ⁵⁶*El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí, y yo* en él. ⁵⁷Como **el Padre viviente me envió** y **yo** vivo por el Padre, también *el que me coma* **vivirá por mí**. ⁵⁸Éste es *el pan bajado del cielo*; no como *el que comieron* los padres y murieron; *el que coma este pan* **vivirá para siempre**”.

⁵⁹Estas cosas dijo **en la sinagoga**, enseñando en **Cafarnaún**».

COMENTARIO

.- **La cuestión de los orígenes (vv. 41-51)**: La muchedumbre en general, que hasta ahora había sido la interlocutora de Jesús, de repente se convierte en «los judíos». En cuanto este grupo emerge de la muchedumbre se incrementa la hostilidad. Su «murmuración», que recuerda la conducta de los israelitas en el desierto (cf. Ex 15,24; 16,2.7; 17,3), indica rebelión. Se oponen a la afirmación que Jesús había hecho en los vv. 35-40, a saber, que él era el pan del cielo. ¿Cómo podía hacer esa afirmación (vv. 41.42b) cuando conocían a su padre y a su madre (v. 42a)?

Se descubre el tema de esta sección del discurso: Jesús ha hecho unas afirmaciones que sólo pueden entenderse según las categorías de sus orígenes, es decir, que desciende de su Padre celestial. Sus adversarios no tomarán en serio esta posibilidad, pues conocen a José, su padre. Moisés ya había dicho al pueblo de Israel que murmuraba: «Vuestras quejas no van contra nosotros, sino contra el Señor» (Ex 16,8). Jesús repite este proceso cuando al criticar esta murmuración de «los judíos» (v. 43) remite al Padre y explica su papel recurriendo a sus orígenes junto al Padre. El Padre envía a Jesús, el Padre atrae a los creyentes a él, y la respuesta de quienes son atraídos a la revelación del Padre en el Enviado será la medida de su vida eterna. Es Jesús quien resucitará al creyente en el último día (v. 44).

El encuentro entre el ser humano y la revelación de Dios en Jesús determina la vida, la muerte y la vida eterna. Esto es posible solamente porque Jesús no es el hijo de José (vv. 41-42), sino el Hijo del Padre.

Los profetas habían anunciado que «todos serán enseñados por Dios» (v. 45a, cita libre de Is 54,13). Por tanto, Jesús pide a «los judíos» que escuchen a Dios para ser enseñados. Dios enseñó a Israel mediante el don de la Ley, pero Jesús afirma que todos los que han aprendido verdaderamente de Dios, llegarán a él (v. 45). La enseñanza que Dios da a todos los pueblos (v. 45a) les lleva hasta Jesús (v. 45b). En continuidad con el tema de la universalidad de los vv. 35-40, Jesús afirma ahora que, como cumplimiento de la promesa profética (v. 45a), está en marcha un proceso que conduce a la llegada del verdadero creyente hasta Jesús. Israel ya ha dejado de ser el destinatario de la enseñanza de Dios, así como también la Ley ha dejado de ser fuente. Se dirige a todos los creyentes sin limitaciones de raza o nación, y acontece a través de Jesús.

- Jesús es el único que da a conocer al Padre. Nadie ha visto jamás al Padre (cf. 1,18), pero el que viene del Padre lo da a conocer (v. 46). Como en 1,16-18, el tema en cuestión es la relación entre Jesús y Moisés. Por muy grande que haya sido Moisés, el Hijo es el único que ha visto a Dios. La diferencia entre Moisés y Jesús reside en sus respectivos orígenes. Los orígenes de Jesús junto a Dios (1,1) le daban una autoridad exclusiva para dar a conocer a Dios (1,18). Por ello, el que cree en la revelación de Jesús, el verdadero pan que ha bajado del cielo, tiene vida eterna.

La comparación prosigue entre el maná de la Ley y Jesús, que es el verdadero pan del cielo. La Ley ya no da vida. Jesús, el verdadero pan del cielo, vino para dar a conocer a Dios. Él es el pan de vida (v. 48).

Cuando la comparación de los dos «panes» llega a su conclusión, Jesús recuerda la experiencia de los antepasados de Israel que comieron el pan que bajó del cielo en forma de maná: todos ellos murieron (v. 49). El pan que baja del cielo en la persona de Jesús promete una vida que es eterna: quienes comen de este pan, no sufrirán la muerte (v. 50). Existe un estrecho paralelismo entre las palabras que dice Jesús en el v. 50, «Éste es el pan que baja del cielo», y las que proclama en el v. 51, «Yo soy el pan vivo que baja del cielo». Así como en otro tiempo Moisés señaló al maná diciendo, «Éste es el pan que el Señor te ha dado como alimento» (Ex 16,15), Jesús habla de sí mismo diciendo, «Éste es el pan» (v. 50). El pan mosaico no produjo vida (cf. v. 49), e incluso el mismo Moisés murió. Ahora hay un pan que supera al pan dado por Moisés (vv. 50.51).

- Se ha ido produciendo una *intensa concentración* en la persona de Jesús: «Éste es el pan... Yo soy el pan» (vv. 50.51). Él que es el pan realiza ahora otra sorprendente promesa: «El pan que daré para la vida del mundo es mi carne» (v. 51c). El verdadero pan que ha bajado del cielo hará conocer a Dios mediante un don incondicional de sí mismo para la vida del mundo. ¿Cuándo y cómo ocurrirá esto? Sigue estando en la penumbra del misterio. Pero ya hay claros indicios de que Jesús será ejecutado por «los judíos», tanto en el rechazo de que es objeto en el templo (2,13-23) como en el complot para matarle del que se nos habla en 5,18. El misterio no se encuentra en el hecho de que Jesús morirá a manos de «los judíos». La comunidad joánica y todos los lectores posteriores saben esto antes de leer el evangelio. Pero ¿cómo la muerte de Jesús proveerá un alimento para la vida del mundo?

- No es la primera vez que Jesús promete un don futuro. En los vv. 12-13, a los discípulos se les ordenó recoger los trozos de pan para que no se perdiera nada. En el v. 27, Jesús animó a la muchedumbre a que no trabajara por un alimento que perece, sino por el alimento que perdura y que será suministrado por el Hijo del hombre. En el v. 35, Jesús afirma que él es el pan de vida, lo que conduce a una promesa posterior: todo el que venga a él no tendrá más

hambre y todo el que crea en él no tendrá más sed. La impresión global es que habrá un alimento definitivo que satisfará para siempre las necesidades de todos los que crean en Jesús. El ha indignado a «los judíos» al decirles que dará su carne para la vida del mundo (v. 51). Su indignada pregunta sobre cómo sería posible eso (v. 52), arroja luz sobre el cuándo y el cómo se realizará la promesa de Jesús sobre el pan que supera todo cuanto la Pascua celebraba.

.- **Jesús da a comer su carne (vv. 52-59):** La cuestión que emerge de la disputa entre «los judíos» es un rechazo a la sugerencia escandalosa de Jesús: «¿Cómo puede darnos a comer su carne?» (v. 52). Pero ello permite que Jesús concluya su discurso sobre la perfección a la que conduce el don mosaico del pan del cielo mediante la donación de sí mismo como el verdadero pan del cielo. Incapaces de ir más allá de lo físico, los judíos malinterpretan la promesa de Jesús. Éste insiste en un don de carne y sangre para la vida afirmando negativa (v. 53) y positivamente (v. 54) que todo el que coma la carne y beba la sangre de Jesús, el Hijo del hombre, tiene vida eterna y será resucitado en el último día.

«Carne» y «sangre» enfatizan que es *la vida encarnada* y *la muerte real* del Hijo las que constituyen el alimento vivificante. Sólo el cuerpo físico de un ser humano produce carne y sangre. Jesús dará un alimento para la vida del mundo, y ese alimento es su carne y su sangre. Así como los antepasados de Israel fueron alimentados con el don de la Ley, Jesús alimentará al mundo entero con el don de sí mismo. El pueblo de Israel se alimentó comiendo el maná, ahora se les dice a «los judíos» que tienen una necesidad absoluta de comer la carne y beber la sangre del Hijo del hombre. Si no comen la carne ni beben la sangre del Hijo del hombre, no tienen vida (v. 53); pero quien coma la carne y beba la sangre de Jesús tiene vida eterna (v. 54).

El desplazamiento del verbo «comer» (*fagein*), que suena más respetuoso, a otro verbo, aunque traducido igual, que indica el mascar físico con los dientes (*tragein*), acentúa que Jesús se está refiriendo a *la experiencia real del comer*. Las connotaciones eucarísticas prosiguen insinuándose en las palabras de Jesús. La carne se partirá y la sangre se verterá. La violencia ha estado presente en la atmósfera desde que el comportamiento de Jesús en sábado condujo a que «los judíos» iniciaran un proceso que le llevaría a su muerte (5,16-18). Jesús relaciona la separación de la carne y la sangre, mediante una muerte violenta, como el momento de la total donación de sí. Jesús, el Hijo del hombre, se dará totalmente a sí mismo para la vida del mundo (6,51c) mediante un encuentro violento entre él y sus enemigos (1,15.11; 2,18-20; 3,14; 5,16-18), en el que se romperá su cuerpo y su sangre será vertida (6,53-54). Aquí encontramos la presencia constante de Jesús en los trozos recogidos (vv. 12-13), el don permanente que dará el Hijo del hombre, el alimento que no perecerá (v. 27), sino que satisfará para siempre el hambre y la sed (v. 35).

.- No debemos olvidar el contexto pascual. Así como otrora Israel comió el maná en el desierto y se alimentó mediante la adhesión a la Ley dada en el Sinaí, ahora se convoca al mundo entero a aceptar la otra revelación de Dios en el cuerpo partido y la sangre derramada del Hijo del hombre. De este modo, todos tendrán vida, ahora y para siempre (vv. 53-54). Estas afirmaciones se desarrollan posteriormente mediante los vv. 55-57. Las partes anteriores del discurso son evocadas cuando Jesús insiste en que su carne es verdadera comida y su sangre es verdadera bebida. Este juego de palabras recuerda la promesa que hizo Jesús del alimento que daría el Hijo del hombre (v. 27) y su afirmación de que, en contra de cualquier otro pan del cielo y, especialmente, del don celestial de la Ley, el Padre da «el verdadero pan del cielo» (v. 32). Jesús es el verdadero pan del cielo (v. 35). Atendiendo a la totalidad de su discurso, Jesús afirma que su carne y su sangre son comida y bebida auténticas. Mediante ellas, los creyentes llegarán a una reciprocidad, en la que ellos viven en Jesús y Jesús vive en ellos (v. 56). Esta inhabitación recíproca (se usa el verbo permanecer) brota de la unión que existe entre el Padre y el Hijo (v. 57).

Jesús juega con el verbo «vivir». Se refiere al Padre como «el Padre viviente» que ha enviado a su Hijo, quien tiene vida en él por la intimidad que existe entre ambos. Si el que envía es «viviente», entonces el enviado vive gracias al que le envió. Por consiguiente, tiene autoridad para dar vida a quienes acepten la revelación del Padre en el Hijo (v. 57).

Jesús ya no habla de «creer en» (cf. 3,12.15.18.36), sino de «aquel que me come» (v. 57b). Las expresiones son paralelas. Como ocurre a lo largo del evangelio, el compromiso incondicional con la revelación de Dios en y mediante Jesús conduce a la vida aquí y para siempre: el que coma la carne de Jesús vivirá por él (v. 57b). Así como vive Jesús gracias al Padre (v. 57a), el creyente vive y vivirá gracias a Jesús (v. 57b).

- El discurso concluye igual que se abrió, comparando el pan que los padres (antepasados) de Israel comieron en el desierto con el pan de que baja del cielo (v. 58; cf. vv. 30-33). Se han superado todos los dones previos procedentes del cielo. Jugando con las dos posibilidades de vida -la vida física que el maná no podía dar y la vida eterna que da el verdadero pan de vida (cf. vv. 49-50)-, Jesús remite a la muerte de los antepasados de Israel y promete una vida eterna a quienes coman del verdadero pan del cielo.

En la historia humana ha entrado una nueva posibilidad. La Ley era un don de Dios (cf. 1,17), pero ha sido superada por Jesús, el pan del cielo (v. 35), prometiendo su presencia permanente (v. 56) comunicando la vida del Padre a todos los que coman este pan verdadero (v. 57). Con ocasión de la celebración de la Pascua, Jesús anuncia que hay otro pan del cielo que eclipsa al primer pan ofrecido a los antepasados de Israel (v. 58).

- «Esto lo dijo en la sinagoga, cuando enseñaba en Cafarnaún» (v. 59). Jesús no se ha movido. El discurso termina donde comenzó: en Cafarnaún (vv. 24.59). El narrador concluye el discurso con un comentario que recuerda al lector que Jesús se encuentra en un centro de culto judío durante la Pascua, proclamando un mensaje que presupone, completa y trasciende una tradición pascual judía.

- **La Eucaristía en Juan 6,51c-58:** El objeto principal de esta parte final del discurso sobre el pan del cielo no es eucarístico, pero el verbo «comer» evoca una prolija tradición de vocabulario eucarístico: «pan», «alimento», «carne», «sangre», «comer», «beber», «entregaré», «por vosotros». El discurso, desde el v. 25 hasta el v. 59, presenta a Jesús como el verdadero pan del cielo que sustituye al anterior pan del cielo, el maná de la Ley. El creyente debe aceptar la revelación de Dios que tendrá lugar en la carne partida y la sangre derramada (vv. 53-54), un alimento permanente (v. 35) que dará el Hijo del hombre (v. 27). Pero al final del siglo I los lectores joánicos, así como los lectores cristianos de las generaciones posteriores, tienen todo el derecho a preguntar: ¿dónde encontramos esta revelación de Dios en la carne y la sangre del Hijo del hombre? La insinuación eucarística que hace el autor en la sección final del discurso nos da la respuesta: encontramos la carne y la sangre de Jesucristo *en la celebración eucarística*.

El autor trabaja a dos niveles. El objetivo principal del discurso es señalar a Jesús como la revelación de Dios, el verdadero pan del cielo, que perfecciona el primer don de Dios, el pan del maná. Sin embargo, la palabra trozos (*klasmata*) en los vv. 12-13, la promesa en el v. 27 de un don futuro de un alimento que dará el Hijo del hombre, la referencia al alimento y la bebida que satisfarán plenamente en el v. 35 y la promesa posterior en el v. 51c del don de la carne de Jesús para la vida del mundo, mantienen viva la cuestión eucarística. El desarrollo del verbo «comer» en los vv. 49-58 condujo a la utilización del vocabulario eucarístico para insinuar un tema secundario pero importante. La Eucaristía concreta lo que el autor ha explicado con detalle a lo largo de todo el discurso. La Eucaristía es un ámbito en el que se llega a la vida eterna. Al encontrarse con la carne partida y la sangre derramada de Jesús, «levantado» sobre una cruz (vv. 53-54), el creyente se ve llamado a tomar una decisión a favor o en contra de la

revelación de Dios en ese encuentro (vv. 56-58), consiguiendo o perdiendo, así, la vida (vv. 53-54).